

# EL IDEAL

PATRIA Y REPUBLICA—MORALIDAD Y JUSTICIA

Unión republicana.—Federación Ibérica.—Procedimiento revolucionario.—Cortes Constituyentes.—Respeto a la legalidad republicana

AÑO I.—NUM. 157

TODA LA CORRESPONDENCIA SE DIRIGIRÁ EN ESTA FORMA  
EMILIO PRIETO Y VILLARREAL  
CAPELLANES. I. segundo.—MADRID

Martes 5 Septiembre 1893

## POR LA IDEA

### VIVIR PARA VER

Ya estamos tranquilos, al decir de los ministeriales. La inquietud y desasosiego del mes de Agosto ha desaparecido; aquella agitación que se notaba en importantes centros de población, y que parecía presagiar horribles tormentas, ha pasado como leve nebulilla, sin dejar ni leve rastro.

Allá, en el Norte, se sintieron algo los efectos de la tempestad, pero el Gobierno, que con tanto celo y desinterés trata de ponernos a salvo de las malas influencias, la cortó a tiempo, produciendo algunas víctimas que servirán de impecable recuerdo para los hijos de aquel país, y todo quedó arreglado. Respiremos, pues.

Esto no quita que a diario se denuncien por la prensa manifestaciones y motines; que se acentúen por momentos la actitud de resistencia al pago de los impuestos; que se oigan clamorosas protestas contra la supresión de ciertos servicios, y que el país, en una palabra, continúe en el mismo estado de alarma y de disgusto.

De ser ciertas las impresiones de la prensa ministerial, viviríamos en una Arcadia feliz. ¡Ojalá que así fuera!

Por desgracia, distan muchos esos optimismos de la realidad. El pueblo no puede estar ni tranquilo ni satisfecho. ¿Han cesado los motivos que produjeron la perturbación? ¿Ha modificado el Gobierno su conducta?

Pues si permanecen las causas, no es posible que hayan desaparecido los efectos.

Los planes realísticos del Sr. Gamazo se han considerado, con rara unanimidad, como una verdadera ruina; y mientras los pueblos no se convengan, que será muy difícil, de lo contrario, continuará oponiéndose a su realización con la misma tenacidad que hasta hoy.

Por esto no vale hacerse ilusiones y fiarse en esa calma aparente. Los mismos ministeriales, por más que no quieran confesar, sienten y temen sucesos imprevistos, y hablan, aunque con timidez, de modificaciones en el Gabinete, ya que no sea más general, en previsión de futuras contingencias.

Vivir para ver. Ya vendrán días de prueba, y entonces veremos si los ministeriales se dan tantos aires de triunfo.

### VANO EMPEÑO

Muestra singular empeño estos días la prensa monárquica en hacernos creer que la Unión republicana se halla bastante quebrantada a consecuencia de serios disgustos surgidos entre los Sres. Ruiz Zorrilla y Salmerón con motivo de ciertos manejos revolucionarios que la mala fe de nuestros adversarios ha podido ver en donde sólo hay el deseo, cada día más vehemente, de estrechar más y más los lazos de concordia que entre todos los republicanos de España existen.

Vano empeño es, por cierto, el que con sus malas artes persiguen los periódicos ministeriales; que nada han de inducir en el ánimo de los ilustres jefes republicanos esas calumniosas especies echadas a volar estos días con el único fin de desprestigiar la conducta de los que trabajan por el pronto avenimiento de la República, como único remedio para salvar a España de la completa ruina que la amenaza.

La opinión republicana del país sabe ya a qué atenerse respecto de lo que en contra de nuestros ideales puedan decir los que tanto empeño muestran en defender la nefasta obra de un ministro inepto, y no hacen efecto en ella las falsas noticias que el mal disimulado rencor de los enemigos del pueblo pueda propalar con fines no muy nobles por cierto.

Precisamente, porque los asusta la valiente actitud de los republicanos, es por lo que pretenden desacreditar a quienes están en este punto muy por encima de todos esos políticos de oficio que se llaman monárquicos. Ven acercarse a grandes pasos la hora fatal de su caída, y se vuelven airados, con la energía que los últimos momentos de la vida proporcionan, para salpicar con el lodo de sus pasiones la honra inmaculada de los que no comen del presupuesto, ni ayudan en su miserable empresa a los encargados de arruinar el país.

Como si esas bajezas ejercieran influencia alguna en la opinión, que ha juzgado ya la conducta de los que de esa suerte se atreven a combatirnos.

Vano empeño el de la prensa monárquica! La República viene, mal que pese a nuestros débiles enemigos, y no han de contenerla en su acelerada carrera las insidiosas maquinaciones que ponen en juego para desprestigiarla los que temen en ella la hora de la regeneración nacional y de la justicia del pueblo. La República es imparable como única solución a los graves problemas que nos amenazan; la República viene, como dije un orador, por una cooperación de la naturaleza, de la historia y de la sociedad; la República viene, exigida por las angustias de la Patria para poner límite y destruir la errorpida situación a que nos han conducido los Gobiernos de la monarquía.

Y cuanto más se empeñen en contener su vigoroso impulso los eternos conculcadores de las leyes, más pronto ha de llegar el momento de nuestro triunfo, y más pronto la hora de exigir responsabilidades a quienes tienen que darnos

ese día cuenta de su obra en los dieciocho años de restauración que han manejado los negocios públicos.

## PIJERETAZOS

La Iberia está de enhorabuena. Hace ya lo menos tres días que no han aparecido a ningún ministro fusionista.

Y esto la pone tan fuera de sí, que no puede menos esta vieja cotorrón de echar una cana al aire, y cantar entusiasmada, bien que con voz ya débil y cascada, las glorias del partido liberal.

Oigamos al colega: «Y es que se ve cómo los presupuestos, ya en vigor, son sinceros y sus cifras encierran la verdad y sus provisiones son exactas. Es que inspiran confianza las medidas adoptadas para que la liquidación de los gastos no exceda de los límites votados por las Cortes. Es que se están palpando los elocuentes resultados de la administración liberal.»

Tal es la situación de España vista a través del agradable prisma formado por las nóminas, actas, senadurías y demás gajos del oficio... de ministerial.

El Comercio Ilustrado, periódico defensor de los intereses mercantiles, ve sin aquel prisma, y describe el mismo asunto de esta otra manera: «Se necesita ser mlope de entendimiento para no comprender que un país arruinado no es posible que de nada de sí.»

Todo lo que ha discurrido el Sr. Gamazo es esto: para disminuir los gastos, suprimir a gran número de funcionarios de corto sueldo, cuando éstos son precisamente los que llevan el peso del trabajo, y en ellos escriba el orden de los servicios públicos.

Y para reforzar los ingresos, exigir nuevos sacrificios, ya imposibles, al contribuyente de buena fe.

Los medios no pueden ser más primitivos, y en verdad que para discurrir todo eso, no se necesita ser renombre de hacendista.

Blas que en este punto no tiene el la culpa, sino quien tal fama le dió.

Aquí del poeta: «En este mundo traidor Nada es verdad ni mentira; Todo es según el color Del cristal con que se mira.»

Cortamos de un periódico: «Varios carlistas de Deva recorrieron anteayer las calles dando vivas a D. Carlos.»

«Cómo echaría de menos el secretario del gobierno civil de esta villa y corte, Sr. Madrid-Dávila, a su voluminoso jefe!

Porque si llega a estar allí Matamoros... ¡Ay machú, matarachú!

El héroe del algarrobo quiere estar en carácter una vez en su vida.

He aquí lo que de él dice un colega: «El general Martínez Campos ha aceptado condicionalmente llevar el pendón en la procesión religiosa que se celebrará en Olot durante la próxima fiesta.»

Nos parece muy bien que el capitán general, traidor en Sagunto, se dedique a llevar pendones.

Y qué opinará de esto el presidente del Consejo, que tan ágramente censuró, cuando era revolucionario y dirigía La Iberia, a otro capitán general por llevar un cirio en cierta famosa procesión de Arañjuez?

¿No se acuerda ya Sagasta del cirio de San Pascual?

Pues señor, ya le ha salido un rival a Tonino.

Harto nuestro colega El Imparcial de hablar en serio defendiendo los indefendibles planes financieros de Gamazo, defensa que tantas *chamusquinas* le ha costado, se pone el gorro cómico, viste el ancho pantalón, embadurna su cara con harina, y... dice una gracia.

Cuya gracia consiste en una fingida carta de un corresponsal incógnito que le da noticia de una partida de revolucionarios en la estación del Norte.

La tal partida resulta luego (¡oh fuerza del ingenio!), de cazadores, en vez de revolucionarios. Reciba el colega nuestros aplausos más sinceros, y que rabien los burlados alarmistas.

«Cualquiera se atreve ya a hablar de motines y sublevaciones con estas bromitas de El Imparcial!»

¿EN QUÉ PAÍS VIVIMOS?

Anteayer fué recogido nuestro periódico en las calles de Madrid, y a estas horas no sabemos si está o no denunciado.

y claro es que el vendedor se sometía a ellas inutilizándose.

Esto es lo ocurrido. La vendedora del café de Oriente, en la calle de Atocha, también fue conducida anteanoche a la delegación por un caballero de la policía secreta.

Estos industriales, como sus vendedores de pino, preguntan por el periódico, y los vendedores, si lo tienen, se lo dan, creyendo que están hablando con personas decentes, y luego caen sobre la prensa medalla en mano.

Todo esto es vergonzoso. Venga la previa censura. Es inútil más noble que el procedimiento empleado para matar los periódicos de oposición republicana.

Sobre todo, que sepamos oportunamente si está o no nuestro periódico bajo la acción de los tribunales, así como sabemos que lo está todos los días sujeto a los atropellos de la autoridad gubernativa.

## LA COPLA DEL DIA

### ¡PENSA DE MUERTE!

Esto es el grito lanzado por la gente de Valencia y que apareció en pasquines y hojas sueltas.

¡Pena de muerte al que pague ni siquiera dos pesetas! ¡Vayan las contribuciones... a otra tierra!

Que el 1.º de Septiembre D. Germán Gamazo vea hasta dónde le han llevado sus torpezas.

Que se penetre de todo, y vaya a llorar sus penas en brazos de su cuñado... ¡el le aceptal

¡Infeliz! Quedó a la altura de una zapatilla vieja el que iba a salvar de un golpe nuestra Hacienda.

¡Nada, adelante! ¡Yo envíe desde aquí mi enhorabuena a esa simpática gente de Valencia!

¡Pena de muerte al que pague, y que se cumpla la pena! ¡Aquí ya ni Cristo saca dos pesetas!

¡Que nos apremien y embarguen las propiedades y haciendas, y que encima, hasta nos abran la cabeza!

¡A ver si llega el momento de hacer una de las nuestras y comenzamos a palos como fieras!

¡Que los últimos millones nos entreguen a la reina para que pueda marcharse tan contenta!

¡Que se lo lleve ya todo sin gritos y sin protestas, a ver, después de este arranque, si nos dejan!

¡Nada, sí, pena de muerte al que pague dos pesetas! ¡Y mucho rigor con eso de la pena!

¡A ver si así conseguimos lo que tanto se desea!

¡Que hartos de todo, se vayan... a otra tierra!

EL DOCTOR CENTENO.

Málaga 25 de Agosto. (1)

## PARÉNTESIS

LA NUEVA TEMPORADA

Apenas se acerca la época en que el Otoño va a asomar su pardusca cabeza—que dijo un poeta amigo mío—principian los preparativos para la nueva temporada teatral.

Los paseantes de la acera del Suizo no hablan de otra cosa, y el que más y el que menos, anda ya a estas horas en busca de gangas y de empresa.

—Barrilete forma compañía—dice un tenor desconocido.

—Quién trae?—le preguntan los amigos.

—Pues trae a Cascara, a la Felisa y Oton, pero Oton puede que sea empresa, por que ha hecho muy buena campaña este año en Majadahonda.

—Pues yo tengo entendido que vienen a Martín, pero a partido.

(1) Como verán nuestros lectores, esta Copla salió de Málaga el 25 de Agosto, pero no la hemos recibido hasta hoy.

—No lo creas. —Lo que oyes. Figúrate que va a trabajar a partido hasta el peluquero...

Y aquel día, en todos los corros de la calle de Sevilla el tema obligado de todas las conversaciones es la compañía lírica de Barrilete.

Esto da por resultado que se digan de él tantas cosas buenas, que haya quien refiera con satisfacción su campaña de América de donde volvió a nado con varias libras y unas calcetines preciosos que por poco si le inutilizan para el teatro, y que todos los cómicos excedentes se dediquen a dar con el paradero del futuro empresario para interesarle en la contrata de una desgraciada familia.

Si Barrilete pasa por las Cuatro Calles, o tiene el mal acuerdo de ir por el café donde se reúnen los cómicos, ya le ha caído la lotería. Todos están con él amabilísimos sin perjuicio de despedirle después que se vaya, y todos le piden que se quite, y no falta quien llevándose a un rincón del establecimiento, le diga en secreto y con acento quejumbroso:

—Yo te haré el repertorio mejor que ese asqueroso de Calamar y más barato. Para que veas, ¡te lo haré por 270!

Y la verdad es que aun así hay competencia, porque con el teatro pasa lo que con la prensa; ¡hay tantos meritorios!

Luego suele resultar que Barrilete no ha pensado en ser empresa; se limita a ser parte de por medio, y para eso tiene que ir todos los días a dar la lata y a cepillar la ropa a un bajo jubilado que puede que se decida a formar presupuesto para buscar a un empresario rico capaz de comprender el negocio.

Algunos autores de la clase de entrometidos también desarrollan una actividad sin límites en esta época del año, escribiendo a destajo jugetitos cómicos, que luego les resultan platos de lentejas. Todos preparan la mar de estrenos, todos tienen ya leídas las obras y hecha la combinación con el músico y con el empresario, y todos se disponen a hacer una buena temporada.

Otros se limitan a recomendar a sus comentarios para que fortifiquen en las listas.

Honorio—dice un autor de estos a un empresario amigo—necesito que te llevas la Filo al coro. Ya sabes que la pobre no cuenta con nadie más que conmigo, y que yo no extraño desde que me compré el gaban de esclavina.

Hombre, necesito un coro de mujeres bonitas, y esa...

—Bueno, bueno. Ya sabes que se pinta muy bien y tiene mucha gracia. Cantar, claro que no canta, pero alguna cantará por ella. Algo has de hacer por los amigos. Además te prometo una revista política de mucha actualidad, que acabé anteayer. Te la llevaré para Noviembre.

—No, no, no me la laves. Tengo cubierto el cupo, y no puedo admitir más.

—Si hablo de la revista... La Filo irá mañana a verte.

Y la Filo entra en el coro, y el desdichado Honorio se encuentra con un coro de Filos.

En algunas contadurías y saloncillos ya ha empezado el jubileo.

—¿El señor director?

—Servidor de usted.

—Yo venía... Soy, sabe usted, la recomendada por Pelegrín... Ya he estado con usted otra vez en el Príncipe Alfonso...

—Si, sí, recuerdo; y tú querías?...

—Entrar en el coro... No es que yo me ponga moños, ni que diga que tengo mejores formas, ni nada; pero mire usted, D. Fernando, que haber encontrado colocación la María, que parece una bacalada, y no encontrarla yo...

—Bueno... Pues mira: date una vuelta por aquí dentro de unos días, y veremos.

—¡Ah! Me ha dicho Pelegrín que ya sabe usted que no me pongo mallas este año.

—Eso ya lo arreglaremos.

—Y que necesito que me dé usted un vale de cuando en cuando, todos los días, y dejen entrar a mis primos y a mamá.

—Pues mira, hija, dile a Pelegrín que si le parece le dará también un jamón con chorros.

—Usted siempre tan simpático... Vaya, abur y hasta mañana.

Y así es cómo se ganan dos pesetas, salvo las muchas oportunas.

Cosa que no me parece del todo censurable. Pero mil veces se ganaron unos céntimos plagiando estupidamente para darse luego tono entre los amigos, y hacerse tarjetas de autor dramático y tal.

LECANDA.

MAÑANA publicaremos una carta de EL DUENDE

LOS GRANDES PAYASOS

CASTELAR

Me parece que le estoy oyendo: «...¡Ah, señores! Porque todo en la naturaleza obedece a un principio único e indestructible, sin que nada sea capaz de trastornarlo: ni Atila al frente de sus hordas, invadiendo la Ciudad Eterna y destruyendo con los ferros cascos de su caballo los ríos de una civilización naciente; ni Bruto empuñando el arma homicida que hundiría en el pecho de César, pareciera hundir todo el imperio romano; ni Napoleón al pie de las Pirámides, alentando a sus legiones después de recorrer triunfante la Europa; ni aquellos bárbaros sayones que crucificaban en un madero la más sublime de las verdades y la más artística de las bellezas; ni aquella invasión árabe que hizo naufragar a la monarquía visigoda en las aguas del Guadalete; ni Padilla subiendo las gradas del patíbulo por orden de un rey absoluto; ni la Inquisición con sus horrores, pretendiendo apagar de un soplo la luz divina de las ideas en el cerebro de la humanidad... nada ha torcido el cauce del progreso; las grandes injusticias de la historia se acomodaron; porque Atila no consiguió destruir jamás, ni Bruto extinguió la raza de los Cesares, ni Napoleón vió realizada su loca ambición del universal imperio, ni Herodes destruyó el templo del Cristianismo, ni hoy son rruñido la marcha de España, ni Carlos los Abderramanes duques de España, ni Carlos V mató en Villalar las libertades públicas, ni la Inquisición ha podido impedir que un siglo después se publique Las Dominicales.

Y así sucesivamente hasta llenar un tomo del Diario de Sesiones.

No dirá el lector que exagero la nota; ese párrafo, deslizado en un discurso suyo, pasaría inadvertido seguramente, y nadie sería capaz de señalarlo como apócrifo.

Es el eterno punto de partida, el razonamiento invariable, la martingala fija de que se vale nuestro gran orador.

Así fue como engañó siempre a los españoles: igual a las turbas madrileñas que a los honrados hijos de Zaragoza; lo mismo a los sargentos que se sublevaron en contra de la abuela de Alfonso XIII, que a los liberales de Valladolid en aquel período de propaganda que siguió al año 68.

Hubiera yo dado cualquier cosa por verle en la capital castellana predicando la doctrina nueva y el entusiasmo democrático desde el púlpito de una iglesia, convertida en templo de la libertad.

Aquellos que le escuchaban, rodearon su figura de una aureola de luz más brillante que la del sacerdote cristiano que predicó desde el mismo púlpito el texto moral de la doctrina de Jesucristo... Hoy, que vayan a verle! Les hablará del Papa, de la monarquía, de todo lo contrario precisamente.

Bueno: pues una oratoria como esta, que si entuslasma es para luego herir; una elocuencia tan dulce y tan suave como el canto engañoso de la sirena, que atrae y luego mata; una palabra de tonos valientes y de eufonía hermosa que termina siendo el santo y seña convenido contra los que le oyeron; con franqueza, mereca el nombre de oratoria, de elocuencia ni de palabra?

Descartemos al orador y al literato del político: sean letra muerta para nosotros los discursos sobre la abolición de la esclavitud, la discusión con Manterola, los Recuerdos de Italia, Las mujeres célebres y todo lo bueno del Emilio arista; despojémosle de esa ropa, y vamos a dejarle en cueros completamente: es el Emilio que tenemos que observar.

Todos los grandes hombres que han influido en la marcha social y política de un pueblo, dejaron algo tras sí: fueron grandes, siempre lo mismo en el mal que en el bien; realizaron una obra, cumplieron una misión; lo mismo Robespierre que Gambetta, González Bravo que Mendizábal, vivieron sujetos a errores, a torpezas, con todos los defectos humanos posibles; sin embargo de lo cual murieron después de conseguir una significación determinada, que la Historia juzgó luego como tuvo por conveniente; ¡pero Castelar!

Castelar se suicida porque comprende que no tiene derecho a la vida; mira su pasado, oseeo, lleno de tinieblas, que alumbra débilmente un candil agonizante lleno de aceite de su oratoria; comprende todo el daño que ha hecho a su Patria antes y después de la Revolución, y si algo meritorio le resta, es la renuncia forzosa que hoy hace a todo, lo cual envuelve una tranquilidad y no un desamparo para la España del porvenir.

Su obra política, en cuatro palabras, es esta: trajo la República para matarla, y hoy se goza en su crimen.

¡Si! Tiene la soberbia de creer que la ha matado.

Porque otra cosa no, pero como soberbio, es de los más hermosos ejemplares que se conocen.

Para él no hay nadie que esté a su altura: vive en regiones que cree desconocidas para los demás; no concede importancia a los actos de los otros hombres; asciende a palabras y libros, globo, soltando un lastre de palabras y libros, llega a las nubes, se emborracha con sus vapores, mira hacia abajo y no ve a la humanidad; la oye solamente; pero tampoco oye sino el eco de los aplausos que suben en espiral cuando termina un discurso, y sin preocuparse de nada, queda balanceándose en el espacio con la perseguida majestad del mongolfier gigante...

Y mientras, que los Borbones hagan lo que les dé la gana.

¡El podría remediarlo; pero está en las nubes! Si se le habla de Zorrilla, tuerca la boca desdenosamente; si se le dice algo de Salmerón, se encoge de espaldas con aire despreciativo; si se le nombra a Pi, se sonríe ó se indigna.

Hablando una vez con un sobrino suyo, le decía, en ese tono de voz que las triples malas emplean:

—Desengáñate, Gumersindo; la democracia es imposible con esos hombres; Zorrilla es un tonto innamorado; Salmerón es un tonto trascendente...

—Y usted un tonto imprudente—le interrumpió, en un rasgo de ingenio y de indignación, su propio sobrino.

Su hermana (q. D. g.) es quien le conocía perfectamente.

Cuando algún inglés (porque D. Emilio también los tiene, y a pesar de vivir en las nubes, hay cuantas que *suben mucho*), aporreaba la puerta lo mismo que si se tratase de un simple mortal, la hermana del genio se enfurecía muchas veces, y solía decir:

—¡Andal! ¿No eres orador? ¿No tienes tanto talento? ¡Sal a convencer al sastre!

Y el gran hombre no encontraba más respuesta que la siguiente, sin abandonar el timbre de voz femenina puro.

—¡Ay Fulana! ¡Tú me entenebreces la vida! Esto es histórico; lo sé por mí, que soy Duende, y por un amigo mío que vivía en el cuarto superior de su misma casa del barrio de Salamanca.

Por este orden seguiría contando detalles de su vida, eminentemente cómicos; pero renuncio a tal empresa porque veo que me salgo de mis casillas.

Sin embargo, para completar su semblanza, ya que he renunciado a la parte histórica, porque es demasiado conocida, insistiré en lo de





